

IRENE DE ATENAS

ÁLVARO LOZANO

IRENE DE ATENAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2021

© Álvaro Lozano, 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º1.^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6376-0

Impreso en Liberdúplex

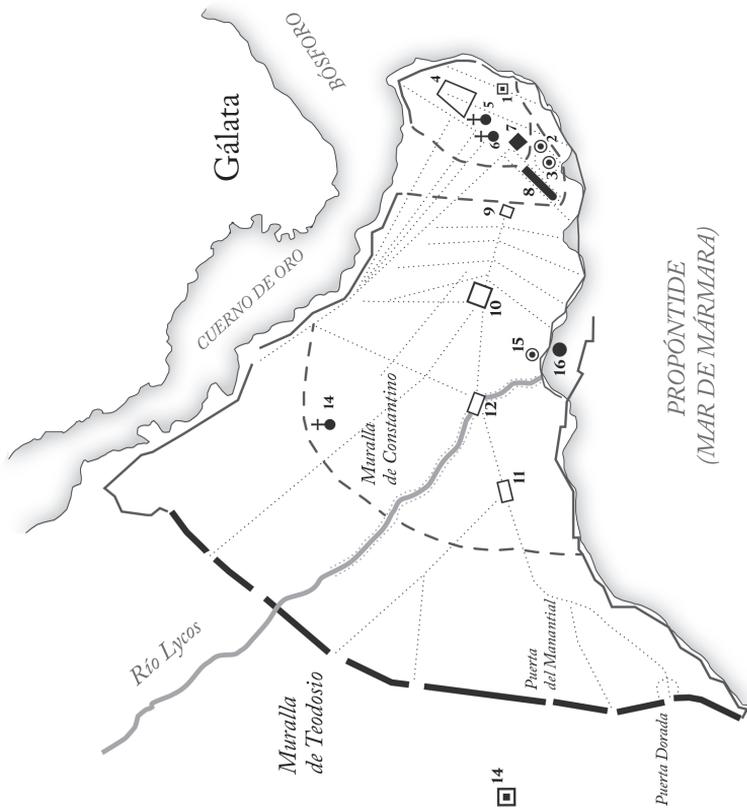
Depósito legal: B 14866-2021

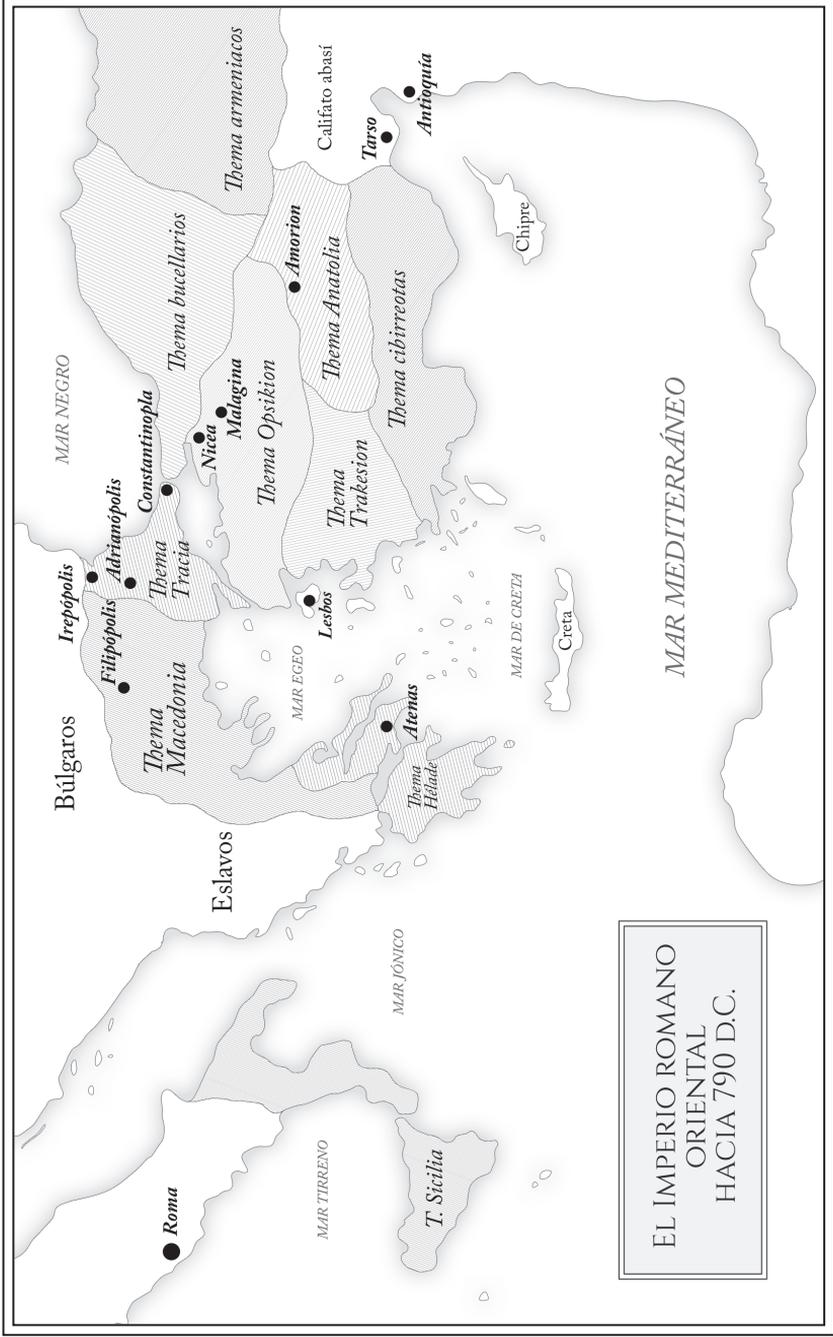
Impreso en España

A mis padres, por todo.

CONSTANTINOPLA

1. Monasterio Theotokos Odigitria
2. Palacio Magnaura
3. Palacio Bucoleón
4. Acrópolis
5. Santa Irene
6. Santa Sofía
7. Augusteion
8. Hipódromo
9. Foro de Constantino
10. Foro de Teodosio
11. Foro Arcadio
12. Foro del Buey
13. Monasterio de Zoodochos Pege
14. Iglesia de los Santos Apóstoles
15. Palacio de Eleutherios
16. Puerto de Eleutherios





EL IMPERIO ROMANO
ORIENTAL
HACIA 790 D.C.

PRIMERA PARTE

APOSTOLEION

Éste es el testimonio de Irene de Atenas, emperatriz de los romanos, defensora de la ortodoxia y, para muchos, asesina de su propio hijo. Me fue dado a mí, Teófanos, en sus últimos días de destierro en la isla de Prinkipo. Juzgad con sabiduría sus palabras, pues no pocas verdades se encuentran en el relato que ella misma hizo de sus días.

No sé cómo deberías llamarme ahora que he sido desposeída de todos mis títulos. Emperatriz no sería adecuado, majestad me resulta soberbio e hija me recuerda a la condescendencia con la que los sacerdotes tratáis a las mujeres. Además, no te he hecho llamar desde tan lejos para que me des la absolución. Mis ofensas contra Dios serán muy pronto juzgadas en su presencia y a su infinita misericordia me encomiendo. Las deudas que pueda tener con Él sólo a nosotros nos conciernen. Es a los hombres a quienes dirijo mis últimas palabras. Lo hago a través de ti, Teófanos, para que des testimonio de mis actos y mi obra pueda ser juzgada con ecuanimidad por los romanos, jueces últimos de sus soberanos.

Desde hace ya algún tiempo los Papas parecen no querer entender que, aunque ellos habiten en Roma, nosotros somos Roma, y es a nuestro pueblo a quien encomiendo el veredicto de mi reinado, con todos sus aciertos e innume-

rables errores, pero sin la influencia de todas esas calumnias que han venido contando sobre mí los bárbaros francos y su rey, los infieles del califato, los herejes iconoclastas y los burócratas corrompidos por el poder y el dinero. Oye tú mis palabras, y haz que lleguen tal y como te las digo a mi pueblo.

Lo primero que quiero que sepas es que todavía hoy no estoy segura de si en último término fui yo quien mató a mi hijo. Mis manos están muy lejos de estar limpias. La sangre de muchos inocentes las empapan; eso es algo que no soy tan cínica como para negar, pero quiero pensar que ni una sola gota pertenece a Constantino. Si tengo culpa en ello es de una forma más sutil, más cruel e incierta que inquieta mi propia alma y que a veces me despierta entre terribles pesadillas. He llorado su muerte como haría cualquier madre; lo hice durante incontables noches. Sin embargo, al mismo tiempo, encuentro un extraño consuelo cuando pienso que con él desapareció la ruina que acechaba al Imperio. Si mi sacrificio ha servido para algo, sólo el Altísimo lo sabe y, a pesar de la duda o la culpa, ésta es una carga que acepto con entereza, como tantas otras veces he hecho a lo largo de mi vida. Ahora, en cambio, esta carga se me antoja más física. No puedo evitar pensar que esta masa que hincha mi vientre, que me hace parecer una embarazada decrepita preñada de muerte, comenzó a crecer ese preciso día; cuando su vida se extinguió, esta podredumbre, nutrida por mi culpa y por la crueldad de su muerte, empezó a medrar en mi interior, consumiéndome poco a poco, hasta que al final acabe arrastrándome a la tumba y desde allí viaje conmigo al otro lado, donde ejercerá de testigo en mi contra cuando deba ser juzgada.

La primera vez que esta idea cruzó mi mente fue la noche antes de que el *logothetes* Nicéforo fuera elevado al

trono. En esas horas de incertidumbre y tensa espera, muchas cosas se me hicieron evidentes. Al vislumbrar en el horizonte el final del mandato que Dios me había encomendado, encontré por fin la serenidad para volver la vista atrás y contemplar mi legado. No fue un arrebató de nostalgia –ni un ejercicio intelectual– lo que me llevó a recapitular mis días como soberana, simplemente ya no tenía un futuro al que intentar sobrevivir. La extraña paz que esa certidumbre me proporcionaba me permitía volver la vista atrás para tratar de juzgarme a mí misma con la honestidad que hasta entonces me había estado negando.

* * *

Todavía no había anochecido sobre el puerto de Eleuthérios. Observaba desde una de las terrazas del palacio el trasiego de marineros y estibadores que, apurando las últimas luces del día, se afanaban en descargar la mercancía de los navíos antes de refugiarse de la noche en alguna de las tabernas del puerto. En ocasiones el olor era espantoso, sobre todo en verano, pero en esa tarde de comienzos de otoño el viento soplaba hacia el mar, ondulando ligeramente la superficie dorada del agua al tiempo que arrastraba los efluvios de los almacenes y los puestos del mercado, a esa hora casi desierto, hacia la Propóntide. De forma del todo inesperada, sentí una primera y terrible punzada de dolor que me atenazó el vientre, obligándome a doblarme sobre mí misma, arrancándome lágrimas de impotencia mientras se abalanzaba una y otra vez sobre mí sin darme tregua para recobrar el aliento, hasta dejarme postrada en el suelo. No sé cuánto tiempo duró aquel ataque, el primero de muchos; poco a poco se han ido haciendo más frecuentes y duraderos, pero, gracias a las medicinas que me proporcionan las

monjas y a que he acabado por aceptar su presencia, el dolor ya no es tan insoportable, al menos no como esa primera vez en que apareció sin previo aviso, súbito y brutal, para venir a anidar en mis entrañas para siempre.

Hacía unos meses que había empezado a notar que me hinchaba, igual que lo hacen las madres que pronto van a dar a luz, salvo que, en lugar de proporcionarme lozanía y esplendor, mi cuerpo se iba consumiendo. La piel apenas disimulaba ya mis huesos, mi rostro se había vuelto gris y macilento y mis ojos comenzaban a hundirse, devolviéndome una mirada sombría y enferma desde el espejo. No sé por qué me acordé de él, pero, cuando por fin amainó el dolor y logré recobrar el aliento y algo de claridad mental, lo primero que pensé fue en mi hijo Constantino. Aquel tormento físico no era sino un castigo que él me infligía, retornando de la tumba para volver a crecer dentro de mí, y ahora, en lugar de nutrirse de mi cuerpo para llegar a nacer, lo devoraba hasta que no quedara otra cosa que piel y huesos.

Aún no me había recuperado del todo cuando un guardia apareció, precedido del último rayo de sol de la tarde, para anunciarme la llegada de nuestro buen amigo Tarasio. Recibí al ilustre patriarca ecuménico de Constantinopla sentada tras la mesa en la que solía despachar los asuntos de gobierno, más preocupada porque el dolor no volviera a atacarme que por el motivo de tan inusual visita. Tarasio irrumpió en la austera sala con una energía inusitada para los más de setenta años que contaba. Cerró apresuradamente las puertas tras de sí, adelantándose a los criados. Mientras se acercaba, lanzaba miradas suspicaces a su alrededor, como si temiera haber dejado encerrada con nosotros alguna alimaña, un ser informe y amenazador que permaneciera oculto entre las sombras vacilantes que pro-

yectaban las velas sobre las paredes de desnudo mármol jaspeado. Tras recomponer su presencia, se adelantó hasta casi tocar el otro lado de la mesa de madera oscura que nos separaba. Se mantuvo en silencio apenas un segundo más, lo suficiente como para que una mirada de condescendiente piedad se escapara de su habitualmente inexpugnable semblante. Por un momento, me pareció humillante que aquel anciano giboso pudiera considerarse digno de concederme su misericordia, por muy sabio e ilustre patriarca de Constantinopla que fuera. No sabría decir si se sorprendió porque no me levantara a saludarlo; tampoco tuve tiempo de hacer siquiera el amago. Tras una leve reverencia comenzó a hablar.

No recuerdo cuáles fueron sus palabras exactas. Si vuelvo sobre ese momento, sólo puedo evocar la imagen de su larga barba canosa y amarillenta subiendo y bajando sobre su pecho en la penumbra, dejando entrever la dorada cruz patriarcal sobre la túnica oscura. Recuerdo, sin embargo, muy bien lo que siempre he sostenido que me dijo, y mentiría si pretendiera que puedo asegurar cuán ciertas o falsas son esas palabras, pero a fuerza de repetirlo han acabado por fijarse en mi memoria, borrando todo rastro de la conversación original. Me advirtió que el *logothetes* Nicéforo preparaba destronarme al amanecer y que varios senadores, no pocos burócratas y hasta algún general se habían unido a él. Juntos, habían ido a pedir al patriarca que la Iglesia los apoyara o que, al menos, no se opusiera a su plan, a cambio de conservar su puesto. También me dijo que podía concederme refugio en Santa Sofía, que el pueblo me respaldaría y que ganaríamos tiempo hasta reunir a los militares y altos funcionarios que aún me eran fieles. Yo apenas podía pensar, consumida por el miedo a que el dolor reapareciera y me mostrara aún más vulnerable de

lo que ya de por sí debía parecer. Confiaba en que la escasa luz que las lámparas arrojaban en esa primera hora de la noche ayudara a velar en parte mi rostro cansado y enfermo. Una certeza se abrió camino entre esa bruma de temor y desesperación, una verdad que nunca antes había albergado en mi interior, que ni siquiera había considerado como un posibilidad remota: se había acabado. Entregaría mi cuerpo y mi trono en justa venganza por la muerte de Constantino.

Tarasio esperaba mi respuesta con palpable nerviosismo. Había dejado a una parte de su séquito apostado discretamente no lejos de la salida de los establos y disponía de hombres suficientes como para escoltarme sin que corriese peligro hasta la seguridad de Santa Sofía. Vacilé un instante y murmuré algún sinsentido mientras trataba de dejar a un lado la idea de esa venganza de ultratumba, el tiempo justo para encontrar un argumento más racional con el que disuadir al patriarca. No quería admitir que aceptaba lo que estaba por venir como castigo por mis pecados.

—Mi reinado ha terminado. Es cierto que nos quedan algunos amigos y podríamos volver al pueblo en nuestro favor, pero no seré yo quien condene al Imperio a una nueva guerra civil que una vez más lo devastará. Sólo te pido que, llegado el momento, intercedas por mi vida. Estoy enferma y no creo que quede mucho hasta que la naturaleza haga su trabajo y, créeme cuando te digo esto, el nuevo *basileus* agradecerá comenzar su reinado sin cargar con mi ejecución a sus espaldas. Conozco bien a Nicéforo, es un funcionario ambicioso, mas no alberga crueldad en su corazón.

Notaba la boca seca y con un regusto metálico al tragar la poca saliva que me quedaba. No dejé que Tarasio tuviera oportunidad de refutar mi argumento y le ordené que se retirara, no sin antes hacerle jurar que no le diría nada

a nadie. Todavía amagó con responder mientras caminaba hacia la puerta. Nuestras miradas se encontraron y, sin poder ocultar una cierta tristeza, terminó asintiendo.

Me sentí liberada por fin en el momento en el que volví a quedarme sola, como si, en vez de haber sido el heraldo de mi derrocamiento, Tarasio me hubiera dado la llave para deshacerme de unas cadenas que me oprimían desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba lo que era sentirse libre. Se acabaron las dudas, el estado permanente de alerta, los consejos contradictorios susurrados al oído, los traidores agazapados en cada oscuro rincón del palacio o tras los rostros de aquellos más cercanos, familia, amigos y leales consejeros. Ni un momento más dedicado a sentirme indigna del cargo, de aparentar entereza y tratar de ser una gobernante piadosa y justa.

Es curioso que aquel tumor que medraba en mi vientre y la promesa de los guardias que vendrían al alba a encarcelarme –o tal vez algo peor– me hicieran sentir tan liviana y hasta dichosa. Contemplaba las horas que me brindaba la noche como una oportunidad, y decidí hacer las paces con los monstruos que había creado, matado y enterrado en un lugar no lo suficientemente profundo y alejado como para que su hedor no me acompañara cada día y cada hora.

Ordené a los sirvientes que no se permitiera la entrada de nadie más en el palacio esa noche y, tomando únicamente a dos soldados como escolta, me escabullí hacia los establos para tomar un caballo e ir a visitar por primera vez la tumba de mi hijo Constantino.

EL TORO Y EL LEÓN

Elegí a dos de mis soldados de mayor confianza, dos jóvenes huérfanos de ascendencia armenia que habían llegado desde el este huyendo de las razias de los árabes. Había mandado instruirlos para que me sirvieran como guardia personal, segura de que su lealtad no había conocido otros señores y sólo a mí debían obediencia. Casi todos los soldados de mi escolta habían sido elegidos por tener un perfil similar, pero, de entre todos ellos, esos dos jóvenes habían demostrado ser especialmente discretos y silenciosos, algo difícil de encontrar en una ciudad tan dada a los susurros y las especulaciones. En el transcurso de las últimas semanas habían sabido adaptarse a mis caprichos y manías, terminando por convertirse en una presencia inadvertida pero tranquilizadora que jamás cuestionaba mis órdenes.

La luna asomaba tímida en el horizonte cuando entramos en los establos. Los soldados saltaron con agilidad sobre sus cabalgaduras y me esperaron en el patio. Encontraba su juventud insultante, y al mismo tiempo la envidiaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Creo que habían terminado por ser conscientes de ello, pues evitaban las situaciones en las que mi edad se hiciera evidente por la torpeza de mis movimientos. Fuera de su campo de visión, tomé una yegua alazana, mansa y manejable, sobre la que ya había cabalgado en numerosas ocasiones, y, embo-

zándome en una gastada capa de color azul oscuro, nos encaminamos hacia la iglesia de los Santos Apóstoles.

Al montar, volví a sentir una punzada de dolor que me hizo contener el aliento y apretar los dientes. Nunca me he sentido cómoda a caballo, lo detesto, pero fue algo que no tuve más remedio que aprender apenas tuve edad de sostenerme sobre una montura.

Si la fortuna me hubiera sido más propicia, mi propio padre hubiera sido el encargado de enseñarme a cabalgar, pero, huérfana desde los tres años, esa tarea recayó en mi tío Constantino. Muchos otros niños son aún menos afortunados y, tras perder a sus padres, se ven obligados a mendigar o a buscar refugio en alguno de los orfanatos que los monasterios mantienen con escasos recursos, aunque hasta ésa era una suerte improbable en la Atenas en la que me crié. Abandonada y medio en ruinas desde hacía al menos dos siglos, sus magníficos edificios y templos languidecían olvidados por Constantinopla, cuyas rutas comerciales discurrían mucho más al norte, a lo largo de la Vía Ignacia, y cuyo poder menguante se veía obligado en no pocas ocasiones a abandonar a su suerte a algunos de sus territorios. Tras el cierre de la Academia decretado por Justiniano y la peste que diezmó a la población, la antigua y orgullosa capital del Ática no había logrado recuperarse. En los años de mi infancia, no era raro que las incursiones de los bárbaros búlgaros y eslavos llegaran hasta el istmo de Corinto, devastando incluso el mismo corazón del Peloponeso. Las murallas, aunque en algunos puntos estaban dañadas, en su mayor parte permanecían en pie y ofrecían un refugio seguro ante unos ataques que tenían por objetivo las cosechas y capturar a aquellos a quienes pudieran vender como esclavos. No contaban con hombres ni medios suficientes como para tomar por asalto una ciudad, menos aún para

mantener un asedio. Gran parte de la población habitaba en el campo, aunque se trata de una tierra áspera que apenas se deja arrancar algunos cultivos de vid, higueras y centenarios olivos. El resto de sus habitantes vive volcado hacia el mar, como siempre han hecho, y a pesar de que muy lejos quedan los días en que la Armada de Atenas controlara el Egeo, el puerto de El Pireo aún sostiene una cierta actividad que permite mantener el pulso de la ciudad.

La defensa de aquella provincia corría a cargo de Constantino Sarantapechos, *strategos* del *thema* de la Héla-de, mi tío, y, antes que él, el mismo puesto había sido ocupado por mi abuelo. Apenas contaba con cinco mil hombres bajo su mando entre los soldados-campesinos y las guarniciones establecidas en Tebas y en la propia Atenas. Mi padre había sido su segundo al mando hasta que cayó en una emboscada en los pasos montañosos del norte. Perseguía una partida de búlgaros que se retiraban a su territorio con un grupo de esclavos griegos como botín. Sólo diez miembros del contingente consiguieron volver con vida al fuerte más cercano, algunos de ellos para sucumbir poco después por las heridas recibidas, mientras que el resto fueron ejecutados por mi tío, acusados de haber abandonado a sus compañeros. Supongo que, cegado por la rabia de haber perdido a su hermano, descargó toda su ira en sus propios hombres a falta de otro enemigo, un castigo inaudito e impropio de alguien que por lo demás siempre se comportó como un ejemplo de justicia y diligencia, un hombre estimado y querido por sus soldados y súbditos.

La muerte de mi padre no sólo afectó profundamente a mi tío. Mi madre, embarazada pero aún a más de dos meses de dar a luz, devastada por el dolor, no fue capaz de soportar la noticia, y se le adelantó el parto. Nació un niño, un nuevo varón que aseguraría la continuidad del nombre Sa-

rantapechos, mas, prematuro en exceso, sobrevivió apenas unas horas. Ella lo siguió pocos días después a la tumba, consumida por las fiebres puerperales. Yo apenas contaba con tres años y no guardo recuerdo alguno de ellos. Mi infancia y mi única familia se reducen a mi tío Constantino.

* * *

Hace poco me ha escrito para decirme que ha solicitado al *basileus* que me deje viajar hasta Atenas para poder pasar bajo su custodia mis últimos días. Es posible que Nicéforo acepte; no por simple compasión, sino movido por el afecto que sin duda en el pasado me profesaba y del que tal vez todavía quede un poso. Sin embargo, temo por mi tío. Aún hoy mantiene su cargo, y bien sabe Dios que, si hubiera podido contar con más hombres como él, estaría relatando una historia enteramente diferente. Es posible que hasta mi hijo Constantino estuviera vivo. Puede que el emperador albergue la posibilidad de la misericordia en su corazón, pero no estoy tan segura de que se pueda decir lo mismo de aquellos que lo rodean, pues aborrecen hasta mi nombre. Por eso creo que lo mejor que podría hacer para no perjudicar a mi tío es quedarme en esta isla, entre las paredes de este monasterio que ayudé a fundar hace ya tantos años y que ahora contemplan mi destierro. Es lo menos que le debo después de todo lo que ha hecho por mí.

A los cinco años, me enseñó a montar con una pequeña mula. Al principio estaba aterrada, no paraba de llorar mientras me alzaba con sus enormes brazos y me depositaba sobre el animal con la poca delicadeza de la que era capaz. Constantino es un hombre corpulento, de anchos hombros y grandes brazos, pero todo en él es proporcionado y, a pesar de su envergadura, sus movimientos son ágiles y has-

ta delicados, como si de un nuevo Áyax se tratase. Su presencia todavía debe imponer, aunque imagino que después de tantos años su poblada barba cobriza se habrá vuelto blanca y el peso de la edad habrá encogido su figura.

A pesar de que tenía sus propios hijos, siempre sentí que me trataba de un modo especial. Tal vez lo hiciera de una forma diferente, más cercana y amable, para compensarme la ausencia de mis padres. En cualquier caso, yo sentía ese amor como algo genuino. Incluso diría que me prefería sobre sus propios vástagos, al fin y al cabo era considerablemente más hermosa que mis dos primas y más inteligente sin duda que mi primo, aun siendo algunos años menor que él. A todos nos educó por igual, procurándonos los mejores tutores, lo cual no era algo sencillo en aquella tierra despoblada que, habiendo alumbrado a algunos de los más insignes filósofos de la Antigüedad –a los que sin duda habrás leído–, se había vuelto bárbara e ignorante, una provincia decadente y mediocre como otra cualquiera, un lugar de donde los más dotados huían en busca de mejores oportunidades a Tesalónica o, los más afortunados, a Constantinopla.

Mi tía, sin embargo, era una figura distante y en ocasiones se podría decir que hasta sombría. Siempre parecía estar disgustada por algo y no dejaba pasar el momento de reñirnos en cuanto tenía la más mínima ocasión. Se diría que odiaba a los niños, pues conforme nos fuimos haciendo mayores se volvió más atenta y cercana, como si hubiese olvidado el rencor irracional que nos guardaba. Después he sabido que entre mis primos mayores y la menor, que apenas contaba con unos cuatro años cuando me marché, había sufrido numerosos abortos, e incluso había dado a luz de forma prematura a dos infantes que no llegaron a sobrevivir más de unas horas. No puedo evitar

pensar que lo que nuestras risas significaban para ella no era sino el recuerdo constante de las vidas que no había podido alumbrar.

* * *

Los enviados imperiales se anunciaron con una semana de antelación, convocando a una exhibición a todas las jóvenes de buena familia en edad de casarse. El objetivo era encontrar a una esposa adecuada para León, coemperador del Imperio romano junto a su padre, el *basileus* Constantino, al que algunos apodaban Kaballinos. Nadie había escuchado nunca nada semejante, y los detalles de tan extraño evento nos eran del todo desconocidos. Durante los días que precedieron a la llegada de la delegación imperial, las posibles futuras candidatas especulamos con la naturaleza de las diversas pruebas a las que nos someterían. Elucubramos acerca de qué rasgos serían más del agrado de los jueces –cuya identidad también era objeto de los más disparatados rumores–, cambiando constantemente de parecer, a veces convencidas de que buscaban una belleza esbelta y delicada, y al momento opinando que una mujer fuerte con las proporciones adecuadas para ser madre tendría más opciones. Para nosotras no era más que una novedad en una ciudad que nos mantenía sepultadas en su tediosa monotonía, un nuevo juego con el que entretenernos pero cuyas consecuencias no éramos capaces de medir. ¡Qué estúpidas éramos entonces!

Dicen que los desfiles de novia son una costumbre propia de los jinetes nómadas que habitan en las grandes praderas del norte. También se cuenta que la tradición llegó al Imperio de la mano de la primera esposa del que acabaría por ser mi suegro, Constantino Kaballinos, una

princesa jázara que al convertirse a la ortodoxia adoptó curiosamente mi nombre, Irene. Además de causar gran revuelo con sus ropajes exóticos y de inaugurar la moda en el vestir que ahora luce cualquier constantinopolitana de buena familia, la emperatriz Irene, a cambio de morir en el parto, había logrado dar al inefable Constantino el hijo y heredero que tanto ansiaba, mi difunto esposo León. Fue reemplazada inmediatamente, sin tan siquiera guardar el luto, por una nueva augusta, una mujer mucho más conveniente para aquellos que nunca consideraron digna del trono a una extranjera. Estoy convencida de que se hubiera alegrado al saber que su sustituta no tardó en seguirla a la otra vida y que una tercera esposa ocupó a su vez su lugar.

Siempre he tenido a los jázaros por un pueblo peculiar, una sociedad a medio camino entre las salvajes hordas de las estepas y la civilización con la que limitan sus tierras al sur de las montañas del Cáucaso. Las últimas noticias que supe de ellos, por boca de algunos de esos mercaderes que en verano emprenden las rutas comerciales al norte de Quersoneso, aseguran que, cada vez más alejados de sus antiguas costumbres nómadas, sus gobernantes han acabado por abrazar el judaísmo y hacen proselitismo entre sus súbditos de las ideas de los impíos asesinos de Cristo. Dejando sus creencias a un lado, desde hace décadas han sido valiosos y leales aliados del Imperio en nuestra lucha contra el califato y, como quiera que el matrimonio entre Constantino e Irene –conocida como Tziktzak antes de convertirse a la fe verdadera– sirvió para sellar esa alianza, durante mis años en el trono he procurado mantener el intercambio de presentes y embajadores con su Khan, con el propósito de mantener nuestra relación en los mejores términos.

Costumbre jázara o no, jamás conseguí averiguar con seguridad de quién partió la idea de que así fuera elegida la futura augusta. Es probable que fuera la feliz ocurrencia de algún consejero, pero el hecho cierto es que tanto el propio *basileus* como el novio acogieron la propuesta con entusiasmo, quién sabe si considerándolo un homenaje a su difunta esposa y madre o por mera diversión. Yo contaba con apenas diecisiete años, y mi tía ya había planteado la necesidad de buscarme un esposo adecuado. En lo que a mí respecta, nunca había contemplado con seriedad la perspectiva del matrimonio y, aunque sabía que era un destino inevitable, todavía me aferraba a la infancia y disfrutaba jugando a ser una niña con mis primos más jóvenes. Mi tío, sin embargo, vio en esta visita de los enviados imperiales una oportunidad. Su hijas eran demasiado jóvenes, pero mi edad era perfecta para desposar al joven príncipe, apenas dos años mayor que yo, un príncipe que además, según decían, era bastante apuesto, una inusual mezcla de rasgos mediterráneos con la herencia exótica de su madre.

Cuando llegó el día señalado, descubrimos con gran emoción y sorpresa que entre los representantes del *basileus* se encontraba la recién proclamada augusta Eudocia, tercera esposa de Constantino. Es posible que fuera uno de sus primeros actos oficiales tras una coronación que ahora, tantos años después, a mi parecer y de acuerdo con la ley canónica, encuentro a todas luces ilegal, y convendrás conmigo, Teófanos, que en el fondo aquel matrimonio no fue sino una más de las innumerables humillaciones a las que Constantino sometió a nuestra Iglesia, llegando a desafiar con su insolencia al mismo Dios.

Los nervios hicieron presa de mí en cuanto me reuní con el resto de candidatas en la antesala del salón principal del palacio del gobernador. No era la primera vez que es-

peraba impaciente ante esas puertas. Mi tío habitualmente usaba la gran sala para conceder audiencias, pero aquél era un edificio austero y, salvo por esas dependencias, medio abandonado. Ya mi abuelo había renegado de él como hogar en favor de un palacete a los pies de las Acrópolis. Allí se habían criado mi padre y mi tío, y en ese mismo lugar había nacido yo.

El resto de jóvenes aristócratas estaban tan asustadas y desconcertadas como yo misma. Lo que hubiera detrás de esas puertas era territorio ignoto. Los juegos habían terminado, y un silencio pesado se había instalado entre nosotras. Mi imaginación estaba desbocada, y no paraba de figurarme situaciones en las que acababa ridiculizada delante de mi familia y de todos los presentes. Una a una nos hicieron pasar a la sala, donde nos esperaban los delegados imperiales y los notables de la ciudad. Un eunuco con un acento extranjero que no fui capaz de identificar abría la puerta cada cierto tiempo y nos llamaba por nuestro nombre. Mientras esperaba mi turno, intentaba descifrar el orden en el que nos convocaban sin ser capaz de encontrar lógica alguna. Las aspirantes no volvían al corredor donde esperábamos, solas, sin familiares o sirvientes que nos acompañaran. Las veíamos salir por una puerta más alejada, y dos criadas las escoltaban fuera, asegurándose de que no existía comunicación alguna con nosotras. Tanto secretismo me ponía aún más nerviosa. Comencé a sentir unas náuseas que se mezclaban con accesos de tos, y a punto estuve en un par de ocasiones de devolver el frugal almuerzo que había comido unas horas antes. Intercambiábamos miradas fugaces entre nosotras, sonrisas esquivas de solidaridad y resignación. Poco a poco fuimos siendo menos, hasta que al final quedé únicamente yo. Los instantes que pasé en soledad trajeron consigo una calma tensa que me ayudó

a recobrar la serenidad y la compostura. Recé a Nuestra Señora y a todos los santos que pude recordar rogándoles entereza, pero no la victoria. La perspectiva de poder seguir con mi vida como hasta ahora me parecía algo del todo apetecible, lejos de sobresaltos y de responsabilidades. Era ya casi noche cerrada cuando llegó mi turno; una noche de inicios de otoño muy parecida a la que alumbraría el dolor en mi vientre y la conspiración que me derrocaría.

Tal vez fue precisamente esa semejanza entre ambas noches, la misma oscuridad que terminaba por derrotar los últimos vestigios del día, la misma fresca brisa de octubre y, en especial, la misma inconmensurable soledad que me rodeaba, lo que me hizo recordar aquella jornada mientras salíamos a paso tranquilo del palacio de Eleutherios en dirección a los Santos Apóstoles. Me pregunté qué hubiera sucedido si, cuando llegó mi momento, hubiera sido algo menos hermosa, si mis ojos hubieran sido pequeños y oscuros en lugar de grandes y de un agradable color miel, si hubiera sido menos instruida y algo más tímida. Sin embargo, allí estaba yo, apenas una adolescente que jamás había salido de Atenas, esperando la oportunidad que podría cambiar por completo mi vida; una oportunidad que no había pedido, que no había imaginado ni deseado nunca. En eso pensaba aquella noche en la antesala del salón de audiencias del gobernador cuando, de pronto, mis cavilaciones se vieron interrumpidas por un sonido ominoso: la pesada puerta de madera chirriaba sobre sus maltrechos goznes, anunciando la inminente aparición de la cabeza calva del eunuco. No hizo falta que me llamara, no había nadie más esperando fuera, y con una mueca que pretendía ser sonrisa me invitó a acompañarlo. La estancia me pareció inmensa, mucho más grande que la última vez que había puesto un pie allí. Habían colocado una mesa alargada en

el fondo y a su cabecera se sentaba la augusta. El eunuco me indicó que permaneciera de pie en mitad de la sala y fue a ocupar su lugar a la izquierda de su ama. A la derecha se sentaba otro de sus eunucos de confianza, quien, a la luz de las antorchas que colgaban de los laterales, con su figura oronda y su túnica verde oscuro, me pareció un sapo a la espera de que su presa se acercara lo suficiente para abrir su enorme boca y engullirla. La mesa la completaban en un extremo el obispo de Atenas y en el otro mi propio tío. De pie, detrás de la emperatriz y apostados a los largo de las paredes de la estancia, murmuraban el resto de los notables de la ciudad. Conocía a muchos de ellos y más de una de sus hijas habían sido mis compañeras en la espera para comparecer ante la *basilissa*. Eudocia levantó la mano e inmediatamente el silencio reinó en el lugar. El eunuco batracio me ordenó que me acercara al tiempo que se levantaba de la silla, que crujió de forma lastimera. Se situó a apenas tres pasos frente a mí y me ordenó, con un giro de su mano regordeta, dar vueltas en círculo alrededor de él, como un caballo que se exhibe ante un posible comprador. Recuerdo la mirada complacida de Eudocia, la media sonrisa congelada en sus ojos oscuros bajo la *stefanos* de oro cuajada de gemas, con dos tiras de perlas que descendían desde su cabeza hasta tocarle apenas los hombros. Llevaba una túnica del color púrpura reservado a la familia imperial, enteramente lisa salvo por unos bordados dorados que apenas se dejaban entrever al final de las mangas. Desde mi posición, no alcanzaba a ver el resto de su figura, pero me pareció alta y fuerte, aunque estando sentada me era imposible apreciar su verdadera estatura. No sabía si podía observar con detenimiento y durante tanto tiempo a la emperatriz, sólo me habían advertido que no la mirara a los ojos y que jamás me dirigiera a ella si no me preguntaba

ella antes a mí; nadie me había dicho nada acerca de mirar su corona y su túnica. Mi instinto me empujaba volver los ojos hacia mi tío, sin embargo, me esmeré en parecer una más de las aspirantes renunciando a buscar el apoyo de su sonrisa. La corona ejercía un efecto hipnótico en mí, y en ella me concentré cuando, tras el paseo de doma, el eunuco me preguntó si sabía latín –daba por supuesto que sabía leer y escribir– y, ante mi respuesta afirmativa, me pidió que se lo demostrara. Sabía leer latín, tenía algo menos de pericia al escribirlo, pero sobre todo me encantaba recitarlo. Desde pequeña ensayaba los discursos de Cicerón y los textos de Ovidio y Virgilio, como si aquellas palabras que sonaban tan diferentes al griego encerraran algún tipo de poder mágico. Prefería a los autores clásicos antes que los escritos de los primeros Padres de la Iglesia o la liturgia y los himnos en latín que mi tía, oriunda de la recién perdida Rávena, tanto se había afanado en que aprendiéramos con la misma precisión que la griega. Sin pensarlo dos veces, abrí los labios y de mi garganta brotó: «Quosque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?». ¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia? La primera catilinaria de Cicerón, una advertencia de los peligros de la tiranía que se cernía sobre la República y, casi con toda certeza, una terrible elección para ese preciso momento.

Todavía hoy no te puedo explicar cómo me atreví a elegir ese texto pagano. Quizás hubiese sido más lógico entonar el Padrenuestro o el Credo, pero una fuerza dentro de mí sacó de mi memoria las palabras de Cicerón, y de pronto me las encontré en la punta de la lengua dispuestas a lanzarse sobre el eunuco. En cierta manera, era una suerte de exorcismo que intentaba conjurar mi inseguridad y que materializaba en palabras el menosprecio que sentía hacia aquel individuo. Mediante aquel discurso en latín lo

interpelaba a él directamente; mi paciencia era la que estaba siendo puesta a prueba con aquellos requerimientos absurdos, y ahora clamaba porque me devolvieran aunque sólo fuera un ápice de mi dignidad. La *basilissa*, por su parte, interpretó que mi diatriba estaba dirigida a ella, incluso a pesar de que seguía evitando dirigirle la mirada. Una vez se hizo evidente que dominaba el latín, alzó de nuevo la mano reclamando mi silencio, sin dejarme acabar. Su sirvo giró de inmediato su inexistente cuello en cuanto mi lengua quedó congelada y, asintiendo con exageración al gesto de su soberana, me lanzó la siguiente pregunta. Esta vez estaba prevenida, era imposible que no se preguntara a la hipotética futura augusta acerca de su opinión sobre la veneración de las imágenes. Respondí tal y como se esperaba de mí, abominando de la práctica de tal idolatría al tiempo que alababa la determinación del *basileus* Constantino, y de su padre León antes que él, de reconducir a los cristianos por la senda de la Verdadera Fe, donde no tenía cabida la idolatría a los iconos o las reliquias de los santos, sino únicamente la adoración a Dios padre y a su hijo Jesucristo a través del misterio de la cruz. Mi respuesta pareció aburrir a Eudocia, que empujó hacia delante un sencillo cofre de madera en el que yo previamente no había reparado. El eunuco acudió presto al gesto de su señora y, levantando ceremoniosamente la tapa, del interior del cofre extrajo un par de borceguíes de rica seda del mismo púrpura que lucía la emperatriz. Las perlas y otras piedras azules y verdes que jamás había visto en mi vida reflejaron la luz ambarina de las antorchas. Temí que fueran piedras preciosas de verdad, pues de alguna forma eso convertía a los pequeños botines en un objeto cuya realidad rompía el aire de ensoñación que hasta entonces parecía envolverlo todo. El orondo medio hombre anadeó de vuelta hacia mí

con el preciado tesoro entre sus manos. Se inclinó con torpeza al llegar a mi altura, muestra evidente de que aquél no era un movimiento que su cargo le obligara a hacer a diario, y, tras quitarme con cierto trabajo las botitas de cuero teñido que llevaba, me calzó los zapatos con una agilidad inesperada. Para mi sorpresa, encajaron a la perfección. Con una manifiesta expresión de satisfacción en su rostro, me hizo caminar hacia la emperatriz para mostrarle más de cerca el resultado. Dubitativa, adelanté un pie hacia Eudocia. Apenas se inclinó para echar un vistazo más de cerca; luego me sonrió y, con un leve gesto de la mano, mientras se levantaba, me indicó que me acercara aún más. Rodeó la mesa con un afectado aire de majestad, posó sus manos sobre mis hombros para mirarme de cerca unos segundos y, sin mediar ninguna otra palabra, me hizo girar sobre mí misma para que el público que abarrotaba la sala, y que volvía el aire irrespirable, pudiera ver con sus propios ojos mis pies engarzados en joyas. Con una sutil inclinación de su cabeza hacia mi tío obtuvo su aprobación, y enseguida anunció que la búsqueda había terminado: yo sería la próxima *basilissa*.

* * *

Constantinopla adquiere un aire siniestro en la oscuridad que me atrae y al mismo tiempo me repele. Creo que nunca me he aventurado sola en sus calles sin una escolta adecuada, ni siquiera durante el día, pero aquella noche en que sentía que me despedía de la ciudad no había en mí temor alguno. Uno de los guardias me precedía portando una antorcha que iluminaba fugazmente los postigos de las casas y las figuras de los ciudadanos que se apresuraban en volver a la seguridad de sus hogares. Unos pocos

se quedaban mirando por un instante el paso de nuestro pequeño cortejo; en el improbable caso de que alguno me hubiera reconocido, no vi ningún gesto que lo delatara. Es difícil que pudieran imaginar que se acababan de cruzar con la mismísima augusta, y tengo por seguro que creyeron que yo era alguna dama de la corte que se amparaba en la oscuridad de la noche para visitar a su amante. Incluso, si en vez de disfrazarme para ocultar mi identidad hubiera aparecido ante ellos con todo el esplendor de las ropas y la corona imperial, dudo mucho que se hubieran sorprendido, acostumbrados como estaban a la pompa y el boato que tantas veces exhibíamos en el hipódromo, en los desfiles triunfales o en las solemnes liturgias en Santa Sofía. Resulta cuando menos curioso cómo todo ese esplendor que te deslumbra la primera vez que llegas a la ciudad se termina convirtiendo en algo cotidiano que pasa desapercibido, parte normal de la vida de Constantinopla. Mi llegada a la ciudad de Constantino no estuvo exenta de ese lujo y ostentación que, por aquel entonces, para mí suponía una verdadera novedad.

Tras mi elección, la *basilissa* Eudocia volvió a la corte, dejándome bajo la tutela de un nutrido cortejo de damas y sirvientes entre los que los eunucos eran los más numerosos. Me ayudaron a preparar el viaje. Desecharon prácticamente todas mis antiguas pertenencias, al tiempo que elegían las joyas, túnicas y tocados –hechos expresamente para la futura novia por los más finos artesanos de Constantinopla– que mejor sentaban a mi figura y facciones. Aquel séquito también me sirvió como una especie de prisión durante los tres días que todavía estuvimos en Atenas esperando que el tiempo fuera propicio para zarpar de vuelta a la capital. No podía ir a ningún sitio sin que varios de ellos me acompañaran, y hasta en el momento de la des-

pedida de mis tíos y primos estuvieron presentes. No sin cierta dificultad fui capaz de derramar una lágrima; me sentía culpable por no haber podido expresar con adecuada tristeza la gratitud que les debía. Pero la verdad es que no era tristeza lo que sentía; estaba abrumada por lo rápido que estaba sucediendo todo y, sin ser consciente de lo que me esperaba, aguardaba con excitación el momento de entrar en el palacio para ocupar mi lugar como futura esposa del emperador.

Tras poco más de una semana de plácida travesía por el Egeo, llegamos al palacio de Hiereia, la residencia estival de los emperadores, apenas a un paso de Constantinopla, y allí permanecemos más de una semana. Jamás había visto un lugar semejante: erigido en mármol de una blancura nivea, parecía recién construido, aunque su tiempo se contara ya por siglos desde que Justiniano, primero, y Heraclio, después, lo levantaran en la orilla asiática de la Propóntide para descansar en los cálidos meses de verano. No fue sólo la belleza de sus arcadas y galerías ni la proporción perfecta de sus formas lo que me cautivó al instante, sino los frondosos jardines con sus innumerables fuentes, que descendían suavemente hasta la misma orilla del mar. De haber terminado mi viaje allí, con Hiereia me hubiese bastado.

Durante mi estancia en el palacio, vació casi por completo en pleno otoño hasta nuestra llegada, tuve que aprender ritos y ceremonias. Aun estando familiarizada con los usos propios del protocolo que debe seguir una dama de buena familia en una ciudad de provincias, aquello era mucho más complejo y exigente, pues no se contemplaba la posibilidad de cometer el más mínimo error. Dos maestros de ceremonias, que dedicaban su existencia a cerciorarse de que se cumplían todos y cada uno de los pasos de cada rito o celebración en los que participaba la familia imperial,

fueron enviados a instruirme y, hasta que los dos no consideraron que estaba preparada, no se planteó la posibilidad de presentarme en público. Fui una alumna aplicada y obediente y aprendí todo lo rápido que pude las palabras, los gestos y los nombres de los diferentes objetos y oficiales con los que tendría que lidiar. Cada uno tenía un propósito y un significado que muchas veces escapaba a mi comprensión, pero que memorizaba sin cuestionar a mis profesores. Por la tarde, paseaba a solas junto al mar recitando las oraciones, las contestaciones y los nombres de los oficiales. Muchos años después, el sonido de esas mismas palabras todavía logra evocar el ruido de las olas rompiendo contra las murallas, el olor de la sal en el aire y la caricia de la brisa húmeda en mi rostro. El tiempo parecía detenerse en aquel lugar, y pensé en que, si algo terminaba por salir mal, pediría al propio emperador la gracia de instalarme allí.

Por fin llegó el día en que me consideraron apta. La orden de partir llegó desde palacio durante uno de mis paseos vespertinos. La noticia me sorprendió al principio, pues ya casi había olvidado para qué me estaba preparando y cuál era el propósito de mi estancia en Hiereia. No tuve tiempo para hacerme a la idea: a la mañana siguiente fui embarcada de nuevo junto con mi séquito. En esta ocasión, la breve travesía la hicimos en un lujoso barco engalanado por cintas de seda que colgaban por doquier, cayendo suavemente desde las vergas como si fueran guirnaldas, sedas de colores tan vivos que jamás los hubiera creído posibles; y, entre todos los colores, destacaba una vez más el púrpura imperial, color que ya no me abandonaría hasta que hace apenas unos meses fui despojada de él para siempre.

Junto a nosotros navegaban varios *dromones* que ejercían de escolta; más allá había otros barcos, algunos sin

duda navíos de guerra cuyos nombres nunca he llegado a recordar, pero también otros de transporte e incluso humildes barcas de pescadores, que se mantenían a una distancia prudente. Todos ellos nos precedían, anunciando mi llegada con una música festiva que llegaba en oleadas arrastrada por el viento.

De pie sobre la cubierta, con las dos damas de compañía que me habían sido asignadas flanqueándome como dos torres doradas, no paraba de pensar en el momento en el que por fin llegaríamos a palacio para conocer a mi futuro esposo. Entonces podría librarme de una vez de la custodia permanente de aquel séquito que, aunque estoy segura que bienintencionado, me asfixiaba y me hacía sentir más una prisionera que la futura emperatriz. Recuerdo perfectamente el discurrir de mi pensamiento en esos instantes, porque fue entonces cuando por primera vez reparé en el perfil de la ciudad que comenzaba a dibujarse en el horizonte. Por encima de todo se erguía la majestuosa cúpula de Santa Sofía, alzada hacia el cielo sobre sus sólidos muros rojizos. Para alguien como tú, Teófanos, que ha nacido junto a una maravilla como ésta, debe de parecer un elemento más del paisaje que siempre ha estado ahí, pero para mí, que por mucho que me hubieran hablado de ella jamás había posado mis ojos sobre tal magnificencia, el momento en que mi mirada se encontró por primera vez con Santa Sofía fue algo que se grabó a fuego en mi memoria para siempre. Ante mis ojos, las murallas marítimas de la ciudad se extendían imponentes, lamidas con suavidad por el mar en calma, abrazando con su piedra blanca Constantinopla, la ciudad de Constantino, Bizancio, la emperatriz de las ciudades. No era sólo su tamaño lo que me abrumaba, ni la altura de las murallas o la inmensidad de la cúpula de Santa Sofía, sino también el latido que la hacía pare-

cer viva. La sentía respirar en el continuo ir y venir de los barcos en los puertos y en el repicar de las campanas, que cada vez se hacía más nítido en mis oídos. Adivinaba el bullicio que recorría sus calles empedradas, la sangre que la recorría. Estaba a punto de poner mis pies en el corazón del Imperio romano por primera vez, sin poder terminar de creerme que pronto sería su soberana.

El cortejo se fue haciendo más compacto conforme nos acercábamos al puerto de Bucoleón. La música era cada vez más audible, y me contagié del ambiente festivo. Parecía como si estuviéramos a punto de asaltar las murallas al son de su melodía. La grandiosidad de la urbe me tenía completamente extasiada. Ni siquiera cuando por fin atracamos y distinguí al nutrido grupo de notables de la ciudad, que junto a sus esposas nos esperaban con sus mejores y más resplandecientes ropas, pude apartar mis ojos de semejante visión. Les prestaba menos atención a ellos que al imponente palacio que se alzaba sobre el puerto, Bucoleón, un primer atisbo de lo que aguardaba tras él, sobre la colina y más allá de los jardines, el Gran Palacio, el centro del poder del Imperio. Sobre una alta columna, el toro y león, las esculturas que daban nombre al lugar, recreadas en el momento de la cacería en que el león se abalanzaba sobre su presa; como si una gorgona los hubiera transformado en piedra en ese preciso instante y después las hubieran cubierto de bronce, tal era su realismo que parecían a punto de descender de su pedestal para continuar con su lucha ante nuestros atónitos ojos.

Una pequeña escolta ataviada de gala, con sus capas rojas, la armadura de escamas doradas, al igual que sus espadas, y los escudos con el crismón como emblema, vino a arrancarme del éxtasis. Se abrieron paso entre los funcionarios y senadores, manteniendo el paso y la formación en

todo momento, la mirada al frente, inmutables. Me rodearon y me invitaron a acompañarlos con la fría cordialidad de las fórmulas de la corte, algo que entonces me resultó inquietante pero a lo que terminaría por acostumbrarme.

Desde el puerto atravesamos el palacio y ascendimos por unos jardines que desembocaban unos en otros, recorrimos los patios y las galerías que comunicaban los muchos edificios que componían el complejo del Gran Palacio, lugares cuyos nombres todavía me eran desconocidos y que componían un entramado que, consternada, pensé que jamás podría llegar a conocer sin perderme, como si se tratara –en cierto modo así era– de un laberinto. Nunca había visto tantos arcos y columnas, ni tampoco corredores o pasillos tan largos. Desconocía el nombre de la mayoría de plantas y árboles que convertían los jardines en un auténtico vergel, un paraíso que no hubiera creído posible que existiera en el corazón de una ciudad. Y mientras recorríamos el palacio, no podía evitar reparar en que, si nada se torcía, todas esas maravillas que acababa de contemplar serían mías; es más, ya las sentía mías. Se me olvidaba que todavía no era nadie.

Cuando por fin me condujeron a los que serían mis aposentos, descubrí sorprendida que se ubicaban en la parte más interior del Gran Palacio, la destinada a las mujeres, lejos de la vista del pueblo y de la parte dedicada a la administración. La libertad que había imaginado, y que creía que encontraría detrás de la seguridad de esos muros, tampoco llegó. No vi a mi futuro marido hasta la ceremonia de compromiso, y aquello duró tan sólo un instante. Después, transcurrieron varios días en los que permanecí recluida en mis estancias, sin otra compañía que mi séquito de damas y dos eunucos que sustituyeron a los maestros de ceremonias. Su cometido era continuar con mi preparación

hasta que tuviera lugar la coronación y la boda. En todo ese tiempo, la sensación de encontrarme atrapada, disipada brevemente en el momento de mi llegada, no hizo sino acrecentarse, sobre todo después de conocer al *basileus* Constantino y a los oficiales y altos funcionarios que solían acompañarlo. La promesa de poder que había imaginado cuando fui elegida para el que sin lugar a dudas era el matrimonio más deseado del Imperio se convirtió en una realidad opresiva y desconcertante por inesperada. Porque, aunque era consciente del papel que se nos reserva a las esposas, no podía imaginar que la que podría parecer la más poderosa de todas fuera al mismo tiempo la más sometida y encadenada, esclava de unas costumbres, unos gestos impostados y unas ceremonias vacías, tan rígidas como opulentas, que en último término estaban destinadas únicamente a deslumbrar al pueblo y a la corte. Construir una ilusión de esplendor y poder: eso era algo tan importante para sostener el gobierno imperial –aunque yo no lo supiera entonces– como la fortaleza militar, la riqueza o la inteligencia política.

* * *

Ahora ya sé que todos los regímenes terminan por conocer su fin. Apurando las últimas horas del mío, por fin llegamos a la iglesia de los Santos Apóstoles. Bajé del caballo y ordené a mis guardias armenios que se apostaran en la entrada y no permitieran la entrada a nadie. Sola, me adentré en la basílica. Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la luz, pero enseguida me encaminé hacia la cripta imperial, bajo los mosaicos de los apóstoles, que desde el interior de las cúpulas me contemplaban con algo parecido a la indiferencia. Parecían saber que yo ya no impor-

taba, que estaba a punto de convertirme en alguien irrelevante, insignificante, como lo era cuando llegué a Bizancio, o peor aún, en alguien molesto a quien se hacía preciso eliminar. Sin embargo, nada de eso sería necesario: había entendido la situación perfectamente, y no lucharía; había asumido mi destino y, en cuanto resolviera mis últimos asuntos pendientes –aquellos que yacían en ese mismo lugar–, yo misma entregaría la corona.